

PREGÓN DE FIESTAS 2014

BUENACHE DE LA SIERRA

Vecinos, familiares y amigos, señoras y señores muy buenas tardes.

Seguro que sé lo que estáis pensando, pues lo mismo he pensado yo ininidad de veces. Os preguntáis qué hago yo aquí diciendo el pregón de fiestas. Vaya en mi descargo, el haber creído siempre que la mejor manera de empezar el acontecimiento más importante que celebramos anualmente es con una reflexión. Eso es el pregón de fiestas: pararnos por un momento a escuchar a alguien que durante un tiempo ha pensado en nuestro pueblo y en su experiencia vital entre nosotros. Siempre es interesante conocer el punto de vista de otros, normalmente, personas notables que han destacado en cualquiera de los muchos campos de actuación que ofrece la vida. Estos personajes, suelen decirnos cosas que ya sabemos, pero, a veces, nos sorprenden, resaltando aspectos de nosotros mismos que desconocíamos. En todo caso, detrás de un pregón, aunque no sea de nuestro agrado, siempre hay un trabajo que hay que agradecer, más aún cuando el pregonero ha venido de fuera invitado a tal evento.

Como decía al principio no es habitual que, en

pueblos tan pequeños, el pregón de fiestas lo diga una persona del lugar. Menos aún que sea una persona corriente que no haya destacado en nada. En esta ocasión, podemos decir que nos encontramos en un caso claro de tráfico de influencias, pues sólo mi amistad con el alcalde, tanta que podríamos decir que somos una misma persona, ha sido la causa del encargo de este pregón.

La verdad es que, cuando pensé en escribirlo, creí que, como en la película de Berlanga "Bienvenido Mr. Marshal", que os tenía que decir una cosa y que este era el momento de decirla, pero, metido en faena, la inspiración y las musas han guiado mi mano por otras veredas, obligándome a decir, lo que ahora os voy a decir.

Había una vez, un pequeño lugar entre montañas. Era un pueblo de casitas blancas y tejados rojos, de calles empedradas, donde crecía la hierba en primavera y por donde circulaban toda clase de animales: vacas y caballerías, ovejas, y pequeños ejércitos de gallinas con sus calzas de colores, lagartijas y alguna culebra y una multitud de insectos, abejas, avispa y las maravillosas mariposas.

Los conejos eran tan abundantes que se podían cazar casi desde las mismas casas. En el Termino Municipal,

además de conejos, había en abundancia codornices, palomas y toda clase de pájaros que se cogían con liga, en las fuentes, por docenas.

Las casas, mal acondicionadas, apenas si contaban con algunas bombillas de baja intensidad, por lo cual, era habitual el uso del candil. Tampoco había agua corriente, ni cuartos de baño, ni lavadoras, ni ninguno de los electrodomésticos sin los cuales hoy nos parece que no podríamos vivir.

Cuando, por fin, se acometieron las obras para la captación de las aguas, para el depósito y la red, eran mayoría los que no creían que pudiera subir el agua desde la Fuente del Cura hasta al depósito de la Torre, por lo cual, había muchos debates con los diferentes argumentos. Sucedió lo mismo cuando el hombre pisó la Luna. Muchos se han marchado de este mundo sin creérselo.

La primera televisión que llegó al pueblo, era de titularidad municipal. En torno a ella se juntaba todo el pueblo a ver los partidos de fútbol, los programas de entretenimiento y, sobre todo, los toros. Las tardes de corrida se abandonaban los campos, concentrándose el personal en el salón de la tele. Algún escéptico, se asomaba por detrás a ver si era capaz de descubrir el truco, a ver si había alguien moviendo los hilos como en el guiñol, pues no le cabía en la cabeza que se viera algo

que estaba sucediendo a cientos o miles de Km.

Al pueblo se llegaba por una carretera serpenteante. Por una carretera sin asfaltar, que era más bien un carrilucho de mala muerte, por donde no quería pasar nadie. Era imposible convencer a los taxistas para que hicieran el trayecto, por lo cual, si había alguna urgencia, lo más oportuno era encomendarse al creador.

El río era una corriente perezosa y tímida que andaba escondida entre malezas: sargas y espadañas. Impetuoso a veces, después de la tormenta y el deshielo. Su única pesca se componía de algunas lubinas para cebar anzuelos y los exquisitos cangrejos.

El pueblo, situado en una posición estratégica, era el eje vertebrador de los diferentes montes: la dehesa boyal, donde predominaban los quejigos, en los cerros, carrascas y pinos y en el resto de los montes, pinos y sabinas, prados deliciosos y majadales de blanda hierba, ideales para la siesta en primavera y verano.

De noche, la luz mortecina de las bombillas mantenía el pueblo en una perpetua penumbra, capaz de dejar circular, en los veranos, un tropel de murciélagos en busca de insectos. Los chiquillos no se cansaban de contemplarlos, igual que a los oncejos o vencejos, que anidaban en el alero de la iglesia y que no paraban en

todo el día en una loca competición aérea.

Los animales y las personas vivían en la misma casa. Los animales en la planta baja y las personas en el primer piso. Las cámaras, divididas en atrojes, solían hacer las veces de granero. Los portales eran de tierra batida y, normalmente, había una fresquera para guardar ciertos alimentos.

A veces creo que mis primeros recuerdos no son el fruto de una experiencia vivida, sino que, de oír contar a otros la suya, se me ha grabado en la memoria como si fuera propia.

Mis primeros recuerdos del pueblo, referidos a las personas, son en blanco y negro, de boinas y trajes de pana, los hombres, y las mujeres sayos, faldriquetas y pañuelos en la cabeza; de alpargatas y albarcas, de morrales y talegos que, con dos corruscos de pan en los cujales y una cuerda diestramente atada, se colgaban a la espalda como esas mochilas que llevan los jóvenes de estos tiempos.

Los chiquillos acudían a la escuela con un leño y un cazo, para, durante el recreo, tomar la leche que se había estado calentando encima de la estufa.

El agua se transportaba desde las fuentes y siempre había un cántaro en la fuentecilla, y algún otro esperando turno. En las cercanías del lugar, había estanques y

lavadero para la ropa, que luego se tendía en los espinos.

Los hombres, que al atardecer llegaban del campo, se paraban en la plaza a charlar, mientras los muchachos, en perpetua algarabía, jugaban hasta altas horas. Eran incansables.

Las fiestas se esperaban con ilusión, a pesar de lo simples que eran, pues, normalmente, llegaba un solo músico. Octavio, con su acordeón y su cigarro siempre en la boca, encajado en una elegante pipeta. Aún tardaron en llegar los teclados, las baterías y las guitarras eléctricas que dieron un toque de modernidad. Los músicos los pagaban los mozos y, cada uno, cuando le tocaba, los llevaba a comer a su casa.

En verano, las familias iban de merienda al Royo, donde preparaban la paella y cogían los cangrejos con la canasta en el mismo río. En un círculo de piedras, como si de un rito ancestral se tratara, en medio del prado, se encendía el fuego, y no se sabe de ningún caso de incendio forestal por tal motivo. Por la tarde se paseaba por la orilla y siempre se cogía algún manojo de té y de orégano.

La religión marcaba el ritmo de las sencillas gentes del lugar. Los días en rojo del calendario eran domingos o fiestas de guardar: fiestas religiosas, por supuesto.

La construcción del belén antes de la navidad, ocupaba durante un tiempo a todos los muchachos, pues todos tenían asignada alguna misión relacionada con el asunto: unos a por musgo, otros por alguna piedra, otros guardaban el papel de plata de las tabletas de chocolate para el río, y así hasta que aquella ciudad en miniatura quedaba construida.

La pasión de Cristo se vivía como si de verdad estuviera el mismo hijo de Dios de cuerpo presente. Se tapaban los santos en la iglesia, creándose una atmosfera propicia para la oración, no parando el rezo del rosario hasta que el Cristo resucitado, con su luz divina, devolvía la alegría al pequeño lugar.

Se sacaba en procesión a la Virgen del Rosario, en octubre; también se procesionaba en Semana Santa y se llevaban a ver los campos y los ganados a San Isidro y San Antonio.

Se celebraba el carnaval y se cantaban los mayos, haciendo la ronda de casa en casa, donde hubiera alguna moza, así fuera recién nacida. Se emparejaban, y a veces hasta acertaban.

La devoción era grande, prefiriendo las más de las veces, el responso, a la penicilina y otros aportes de la ciencia, para la cura de los ganados. Muchos dudaban de su eficacia, pero, como eran baratos, se usaban

constantemente. Cada noche, al llegar al pueblo, si había sucedido algo extraño, o se habían perdido algunas ovejas, se rezaba un responso para guardarlas de la zorra y no son pocas las anécdotas que se podrían contar sobre el asunto.

A veces llegaban al pueblo cuadrillas de hacheros, pues aún no se conocían la moto-sierra para la tala de árboles.

Los trabajos de la resina se compaginaban con las labores habituales del campo y la ganadería.

Veranos de siega, de trilla y acarreo de mieses. De cocidos que sabían a gloria en el rastrojo y gazpachos a la sombra del saúco, en la era. De alburrones escondidos, como un tesoro a madurar entre los haces.

El botijo a la sombra, mirando al norte. Los habitantes del pueblo eran solidarios durante la tormenta para recoger la parva y ante cualquier otra desgracia.

Finalizados los trabajos de la recogida de la cosecha, la juventud sacaba a pastar a los prados las caballerías. Bien tenían ganado el descanso, después de tanto acarreo de mieses y de días de trilla. Nunca faltaba una baraja y una taba, aunque los mayores preferían otro tipo de juegos. Estaban en edad de los primeros desasosiegos eróticos, y de estos ratos campestres salieron no pocas parejas, siendo más eficaces estos ratos de juego que los

emparejamientos de los rondadores en mayo.

Un alambique en la fuente de la Vega, informaba del fin del verano. Durante un tiempo, expandía las esencias del espliego por el valle. Al atardecer llegaban con las caballerías cargadas y se pesaban las arrobas. La siega del espliego, era la oportunidad para los estudiantes de conseguir un dinero que vendría muy bien durante el curso.

El espliego y otros aprovechamientos, las rastrojeras, los gamones y las bellotas se vedaban, para que todos pudieran beneficiarse al mismo tiempo.

Cuando los ganados trashumantes emprendían la marcha, llegaban los fríos y se anunciaba la llegada del invierno. Los ganados tomaban la vereda camino del Reino, un lugar mítico del cual se desconocía su ubicación exacta, pero que hacía soñar a los jóvenes con aventuras jamás realizadas.

Alguna carta de pocas letras a medio invierno, era toda la comunicación con las familias que se quedaban en el pueblo, aunque, una vez llegadas al Lugar, las noticias corrían como la pólvora.

Había la costumbre de pedir con la zorra. Una pequeña comitiva recorría el pueblo, parando en las casas de los ganaderos. Normalmente ya se sabía, alguien había dicho: creo que fulano ha matado una zorra, y se

esperaba la visita. Mientras el matador contaba al viejo ganadero algún detalle de su hazaña, la mujer iba a la despensa a por algunas viandas que ya estaban preparadas, ocasionalmente, algunas monedas. El matador, mostraba los dientes del bicho, haciendo los cargos de su contribución al bienestar de la comunidad y de los corderos que había contribuido a salvar.

El regreso de los ganados anunciaba la primavera. Los pastores llegaban sin afeitar y cubiertos de polvo del camino, enjutos de las penurias, tan distintos de cuando se habían ido que costaba reconocerlos. Tanto que, una vez era ya noche cerrada cuando llegó un anciano con una caballería y, un muchacho que jugaba, se quedó parado delante de él. Este le preguntó, ¿es qué no me conoces?, el chico respondió, no, pero esta es mi burra. Aquella anécdota, fue motivo de algún cachondeo para el muchacho, durante bastante tiempo

En el mes de junio se esquilaban los ganados y un trajín de ovejas y pastores por las calles del pueblo, desde el corral a los baches, rompían la monotonía invernal. Ya había llegado la modernidad a estos menesteres y las tijeras convencionales habían sido sustituidas por unos artefactos de manivela que necesitaban de dos personas para su funcionamiento: el esquilador y un muchacho que no paraba en todo el día de darle vueltas, más tarde llegaron las maquinas eléctricas que facilitaron de verdad

el trabajo.

Cuesta trabajo creer, al contemplar los campos yermos cubiertos de malezas y sin apenas vida, que el pueblo de nuestro cuento y Buenache de la Sierra sean el mismo lugar. Por supuesto que la población también ha cambiado, para mejor, supongo. Cuarenta o cincuenta años separan una instantánea de otra. De cómo se ha producido el cambio, nos puede dar cuenta el próximo pregonero, si lo estima oportuno.

Juntos hemos recorrido un largo camino y aún continuamos andando, construyendo el presente día a día.

Termino con un ¡VIVA LA VIRGEN DEL ROSARIO!

¡FELICES FIESTAS!